

El rodeo en Wallon

“Intuición, perspicacia. Término inglés utilizado en psicología para designar el tipo de inteligencia práctica propia del chimpancé y del niño muy pequeño que aplican en la solución de problemas de rodeo (con la ayuda de hilos, bastones, etc.). Según Köhler, el descubrimiento surge a través de la reestructuración súbita del campo perceptivo”. (Wallon, 1985, 265)

Antes de nada

Abordar la explicación walloniana sobre cualquier cuestión supone una dificultad intrínseca que tiene que ver con la imposibilidad de extraerla del conjunto de su teoría, en concreto, dialéctica y psicogenética. No sólo pierde el sentido y no se entiende, si no que se desvirtúa el concepto o noción en cuestión. Por eso procedemos realizando un circunloquio que explique sintéticamente su contexto.

¿Qué es el rodeo en el niño?

La psicología walloniana explica la formación del psiquismo desde su mismo origen. Cada bebé humano responde a los estímulos –mayormente externos- mediante una acción dinamogénica: contracciones globales, sacudidas de los miembros, espasmos viscerales o respiratorios y gritos de diversa intensidad cuando la excitación no se puede evacuar completamente en movimiento. En la medida en que el simple mo-

vimiento es la respuesta a un sentimiento de alegría, estas reacciones adquieren muy rápidamente un significado afectivo. En el polo opuesto a la alegría, el espasmo si no se resuelve enseguida, entraña dolor. Por ello, para el niño el primer contacto con las cosas es puramente afectivo y las diversas impresiones que experimenta se van añadiendo a sus propias impresiones orgánicas: frío, calor, coacción, comodidad o incomodidad postural, liberación y soltura, que necesariamente constituyen el tema fundamental de su sensibilidad y de sus reacciones.

¿Qué relación hay entre sensibilidad y movimiento? Una estrecha subordinación mutua. A la sensibilidad le compete guiar el movimiento y lo necesita para definirse, especificarse y adquirir una significación objetiva. En un principio la reducida capacidad infantil se limita a captar más o menos confusamente las reacciones de orden reflejo o afectivo que hayan podido suscitar excitaciones que todavía no puede localizar. El propio sujeto debe mantener, reproducir o modificar sus variaciones para poder ais-

Elena Herrán Izagirre

Euskal Herriko Unibertsitatea/
Universidad del País Vasco
Maestra, Psicóloga,
Dra. en Pedagogía y
Psicomotricista

Las primeras sensaciones sobre las que el niño ejerce esa actividad de control y de conocimiento son inevitablemente las de la sensibilidad orgánica.

larlas, identificarlas, reducirlas a concomitancias o a condiciones definidas y sólo es posible en dos sentidos: el de los reflejos de defensa y reacciones afectivas (<http://www.youtube.com/watch?v=dxCIyddngdY>), y el de las denominadas -por Baldwin- reacciones circulares (<http://www.youtube.com/watch?v=kc63E7bTKMU>). En el primer caso, la excitación suscita contracciones que aumentan y propagan la excitación a través de una especie de extensión difusa y en profundidad. En el segundo, se produce una adecuación muscular que delimita y precisa esta excitación, determinados gestos orientados hacia su punto de impacto, para verificar su sede y la causa. Este es el origen de la actividad discriminativa que tiende a reducir las impresiones orgánicas y subjetivas bajo sistemas sensoriales en relación a la naturaleza de los estímulos, y a sustituir las reacciones afectivas por actos orientados hacia realidades objetivas.

Las primeras sensaciones sobre las que el niño ejerce esa actividad de control y de conocimiento son inevitablemente las de la sensibilidad orgánica; las sensaciones cuyo objeto es el propio organismo, ya que su realidad es la más inmediata y concreta al no interponerse ningún circuito entre la excitación y la reacción y confundirse impresión y objeto. Inicialmente se imponen al niño como la sustancia de su sensibilidad y de su ser, y acaban constituyendo series cuyos diferentes términos aprende a reproducir y que pueden servir para connotar, progresivamente, otras series, abiertas al mundo exterior. En el niño normal, la evolución de los primeros meses es tan rápida que los ejerci-

cios a los cuales se prestan sus sensibilidades orgánicas, pueden pasar desapercibidos, puesto que son relativamente fugaces y se entremezclan con toda clase de manifestaciones. Se trata de las funciones digestivas, las excitaciones laberínticas y la sensibilidad al medio gracias a la actividad de contacto con su entorno material, gracias a las manos, los labios y la lengua, los sonidos y sus impresiones cinestésicas asociadas, las adquisiciones fonéticas y los datos visuales.

Pero estos campos sensoriales se abren y despliegan en continuidad y equivalencia unos con otros gracias a la actividad del sujeto hasta que convierten el objeto en un algo separado e independiente; en un centro de asociaciones intersensoriales polivalentes que se puede expresar en forma de símbolos. En esta tarea de integración de los datos sensoriales el papel de la vista es fundamental ya que son las impresiones más exentas de la penetración por la actividad propia del sujeto que consiste en la impresión del propio esfuerzo muscular. Este conocimiento en adelante permite experimentar sensorialmente la realidad de forma conjunta.

¿Qué es entonces la actividad sensoriomotriz? Es movimiento, sensibilidad y al propio tiempo, acción sobre el mundo exterior. Se desarrolla en dos sentidos inversos pero complementarios: el automatismo y la invención de conductas adecuadas ante situaciones nuevas. El automatismo, que nada tiene que ver con operaciones mecanizadas e invariables que solemos pensar, consiste en anular bloques preexistentes de movimientos para hacer uso de las combi-

naciones requeridas por la acción en curso. Tanto en los automatismos naturales -los propios de la especie como andar- como en los aprendidos -los asociados a las condiciones culturales del grupo social, como tocar el piano o lanzar flechas- su agilidad es proporcional a la capacidad de suprimir todas las contracciones parasitarias, para captar el gesto mediante su imagen visual, adoptar las actitudes precisas, resolverlas en representaciones íntimas y dinámicas, y fundirse en un sentimiento de continuidad hasta confundirse con las cosas con las que se opera; con los instrumentos.

De esta actividad se desprende otra también de construcción del mundo exterior pero que tiende a disolver la indivisión inicial sujeto-objeto, cuyo desarrollo es lento e inseguro: la invención de nuevas conductas. La inteligencia práctica o de las situaciones que precede a la realización mental del objeto cobra especial sentido en este momento de la evolución. Köhler constata en monos antropoides y Rey confirma en bebés y niños pequeños, que en lugar de renunciar, utilizan el procedimiento del rodeo: saben alejarse temporalmente del objeto o alejarlo de ellos a fin de evitar el obstáculo. Paralelamente se inician en la utilización de instrumentos que ayuden a salvar la distancia con el objetivo, pudiendo combinarse ambas conductas. Pero ni la distancia ni el instrumento son ocasionales sino que existen de manera constante e independiente formando parte del conjunto provisional, que le dan su significado presente. Es un campo de fuerza en el que gestos y percepciones se ajustan hasta realizar

la estructura favorable. Se trata de un nivel de inteligencia práctica en el que las relaciones de posición, intervalo y dimensión son esenciales y se miden por las propias capacidades del animal o del niño, ya que el sistema de referencia de dichas relaciones todavía permanece esencialmente subjetivo.

La utilización del **rodeo** también muestra una estrecha integración medio-acto. Los intentos del **rodeo** son gestos en los que el sujeto está muy presente ya que las acomodaciones motrices que la acción exige son minuciosas al suponer dos tareas contrapuestas: previsión de la situación u objeto deseado y en función de esa previsión, la supresión completa de la acción. Los gestos comienzan por separar lo que se quiere coger para cogerlo y constituyen la realización de un trayecto, digamos “gestual” determinado por un conjunto específico de relaciones en el espacio. En la medida en que el movimiento lleva el medio en sí mismo se confunde con él y puede dar lugar al simulacro, o acto sin objeto real a imagen de un acto verdadero al que el niño se entrega, ampliando su ficción hasta donde los juguetes u objetos reales proporcionalmente limitan su fantasía, su voluntad de invención y de creación. Así los juguetes obtienen su significado a partir de su propia afectividad.

A modo de conclusión

Pero que la acción sobre el mundo exterior no sólo está hecha de sensaciones y de movimientos. A ella se superponen la

Se trata de un nivel de inteligencia práctica en el que las relaciones de posición, intervalo y dimensión son esenciales y se miden por las propias capacidades del animal o del niño, ya que el sistema de referencia de dichas relaciones todavía permanece esencialmente subjetivo.

Estas etapas van unidas a una maduración progresiva de la actividad mental, que el ejercicio por sí mismo no puede suplir.

participación en el objeto, la transferencia de la propia actividad al objeto hasta poder acceder a su estructura, las dimensiones y orientaciones del espacio que ocupan, que se ordenan en conjuntos cuya complejidad y cuya comprensión aumentan con las sucesivas etapas del desarrollo. Estas etapas van unidas a una maduración progresiva de la actividad mental, que el ejercicio por sí mismo no puede suplir. Los niños no sacan provecho de los ejemplos, no comprenden las sugerencias, no se acuerda de los logros ocasionales que corresponden a tareas ajenas por muy repetitivas que sean. En la base de las estructuras que es capaz de asimilar mentalmente está la aptitud para poder ordenar las relaciones del espacio y en distintos grados de sublimación, esa actitud –acto que desarrollar en potencia, que a base de ejecutarse le hace progresivamente apto- será la condición del lenguaje y de las operaciones discursivas y clasificatorias del pensamiento.

Bibliografía

Wallon, H. (1980). *Psicología del niño. Una comprensión dialéctica del desarrollo infantil*. Madrid: Pablo del Río.

Wallon, H. (1984). *La evolución psicológica del niño*. Barcelona: Crítica (Orig. 1941).

Wallon, H. (1985). *La vida mental*. Barcelona: Crítica (Orig. 1938).

<http://www.youtube.com/watch?v=dxCIyddn9dY>

<http://www.youtube.com/watch?v=kc63E7bTKMU>